

ciento o flamígero, que cubre los siglos xv-xvi, y dura hasta la renovación espiritual católica que aparece, en las masas de los fieles, después de las Guerras de Religión. En muchos aspectos, el horizonte de espera y la cultura religiosa de los fieles son los mismos a lo largo del período considerado. Encontramos las mismas oraciones, los mismos relatos de milagros en los que domina el atractivo por lo maravilloso. Es el tema de la primera parte: «Le pèlerinage flamboyant (xv^e-xvi^e s.). L'ascension d'un support d'identité nationale» (pp. 45-161), dividida en cuatro capítulos.

La segunda etapa empieza alrededor del año 1600, en el que se pasa de un mundo cultural a otro. En el barroco, la Reforma católica alcanza a las peregrinaciones nacionales, que constituyen potentes mediadores y propagandistas de una nueva sensibilidad. También el poder central absolutista, que vuelve a constituirse después de las Guerras de Religión, las instrumentaliza con vistas a crear una cierta identidad nacional, en todos sus componentes (dominar el espacio y las fronteras, dar una dimensión católica a la identidad colectiva, etc.). Todo ello es objeto de la parte segunda, «Le pèlerinage baroque (vers 1600-vers 1660). Un acteur de la modernité religieuse et politique» (pp. 163-367).

La tercera y última fase está dedicada a la edad clásica y de las Luces, que conoce un desarrollo cultural importante a finales del siglo xvii, con la crisis de la conciencia europea. Con el absolutismo de Luis xiv y la revocación del Edicto de Nantes, el debate sobre la definición religiosa de la identidad nacional se da por cerrado. Por otra parte, el rey absoluto ya no es peregrino: se asienta en Versalles y toma por símbolo el sol alrededor del que gravitan los demás astros. Este cambio cultural tiene una vertiente religiosa, en cuanto las manifestaciones públicas y espontáneas de la vida religiosa caen en desuso, primero en las elites, y luego, de modo más generalizado. Nos adentramos entonces en una época en la que las grandes peregrinaciones marianas ya no son actores políticos importantes, sino tan sólo es-

pejos de una identidad nacional en vía de secularización. A esta tercera etapa, la denomina el autor «Le pèlerinage de la seconde modernité. Ferveur religieuse et sécularisation de l'identité nationale» (pp. 363-513), y presenta los fermentos de disolución de la triada «rey, Virgen, nación»: la Virgen y el rey sin la nación, es decir, la identidad nacional secularizada.

Varios anexos cubren las pp. 521-549. Sigue la enumeración de las fuentes manuscritas y colecciones (pp. 551-574), las fuentes impresas (pp. 575-584), la bibliografía (pp. 585-613), el *index nominum* (pp. 615-624), y el índice de mapas y gráficos, veintiuno en total (p. 625). A ello hay de añadir veinticuatro páginas de láminas en blanco y negro, en papel glaseado, y un aparato crítico verdaderamente notable, que puede servir de base para ulteriores estudios. En todo caso, el breve análisis que hemos hecho sólo es una pálida aproximación al contenido de este magnífico trabajo.

D. Le Tourneau

Antonio PINTOR-RAMOS, *Historia de la filosofía contemporánea*, BAC («Sapientia rerum», 12), Madrid 2002, 380 pp.

En esta nueva serie de manuales de filosofía, que patrocina la Biblioteca de Autores Cristianos, aparece ahora el volumen dedicado a la filosofía contemporánea, que abarca de Schopenhauer hasta Wittgenstein, con un pequeño capítulo final sobre la filosofía española contemporánea (Ortega y Zubiri).

Pintor-Ramos, que es catedrático de Historia de la Filosofía en la Pontificia Universidad de Salamanca, se ha especializado en el conocimiento de Xavier Zubiri, con la edición de algunos escritos póstumos del filósofo guipuzcoano. Quizá por ello ha heredado de Zubiri un estilo limpio y transparente, que hace fácil la comprensión de los (a veces) abstrusos derroteros de la filosofía del xix y xx. Por otra parte, su, por ejemplo, diagnóstico de la filosofía española reciente (pp. 361-365) resulta magnífico: delicado, certero y estimulante.

El autor ha elegido una serie de filósofos posteriores al ciclo hegeliano: Schopenhauer, Marx, Nietzsche, Husserl, Scheler, Heidegger y Wittgenstein (dedicando a cada uno un capítulo), a los que se añaden otros capítulos sobre escuelas concretas: escuela hegeliana, positivismo, existencialistas franceses, escuela de Frankfurt, pragmatistas, con un capítulo sobre la filosofía en el cambio de siglo, es decir, del XIX al XX. Pienso que, para los alumnos, la opción didáctica es satisfactoria, y que de eso se trataba.

Es seguro que Pintor-Ramos se habrá quedado con las ganas de estudiar a muchos otros; y también de dar noticia de algunos católicos que, si bien no fueron primeras figuras y militaron en una escolástica ya un tanto trasnochada, contribuyeron a mantener viva, en momentos difíciles, la llama del pensamiento cristiano. (Pienso en lectores del libro que se preparen para las órdenes sagradas, a quienes les vendría bien alguna información al respecto, en esta hora un tanto iconoclasta...). Otros cristianos no fueron personalidades tan arcaizantes, sino renovadores en sentido propio, como el grupo de tomistas de París, con Gilson y Maritain al frente. Pero no se podía todo, y Pintor-Ramos ha elegido una vía que parece practicable y acertada.

J.I. Saranyana

Luis RESINES, *Catecismo del Sacromonte y Doctrina Christiana de Fr. Pedro de Feria. Conversión y evangelización de moriscos e indios*, CSIC («Corpus Hispanorum de Pace», Segunda Serie, 10), Madrid 2002, 406 pp.

El autor, bien conocido por su amplia investigación catequética, presenta una nueva obra especializada en este campo: la edición crítica de dos catecismos escritos en el siglo XVI. El primero, *Catechismo* (del Sacromonte de Granada), es un extenso manuscrito inédito (507 folios) y de autor desconocido; el segundo es la *Doctrina Christiana*, más breve, compuesta por el dominico Fray Pedro de Feria y

publicada en 1567. (Este catecismo de Pedro de Feria ya había sido estudiado tanto por el propio Resines, en 1992, como por Josep-Ignasi Saranyana y Elisa Luque, más tarde). Ambos documentos, inédito el primero y poco conocido el segundo, dado el escaso número de ejemplares existentes, estaban destinados, respectivamente, a la conversión de moriscos y de indios. Materializan el gran esfuerzo misional, teológico y apologético llevado a cabo para enseñar la verdad que lleva a Dios, cuando «la idea de tolerancia no había hecho su aparición en el pensamiento humano» (p. 32). En este contexto del siglo XVI, y en el convencimiento de que no había más camino que la incorporación sacramental a la Iglesia para obtener la salvación, hay que entender el método empleado entonces para la conversión, que consistía en desacreditar y desautorizar las religiones de moriscos e indios, por encima del respeto y tolerancia a sus creencias ancestrales. (Con todo, el historiador deberá cuidarse tanto de anacronismos indebidos, como de una incorrecta valoración del famoso aforismo «extra Ecclesiam nulla salus»).

El criterio de selección de estos dos catecismos responde sobre todo a su amplitud explicativa, que ofrece «otras posibilidades más ricas sobre el proceso de conversión» (p. 36). Los catecismos más breves, por su concisión telegráfica, apenas suministran razones para quien las busca y apetece, en opinión de Resines; mientras que en los más extensos aparecen razones, las aseveraciones nucleares están explicadas, se justifica lo que se expone y se rebaten argumentos o motivos contrarios a la fe cristiana.

Nos encontramos ante una cuidada edición crítica y un espléndido estudio sobre las semejanzas y diferencias entre ambos catecismos. Las obras que han servido para un estudio comparado más exhaustivo, aparecen también citadas en el texto. Por otra parte, la información se extiende a las formas de vida y costumbres de los destinatarios y al esfuerzo de los misioneros por salvar todos los escollos en su